

LA FERIA DE VILQUE: ENTRE MULAS, LANAS Y TIMBA / THE FAIR OF VILQUE: AMONG MULES, WOOL, AND GAMBLING

Jaime Urrutia Cerruti

Resumen

Ubicada en el altiplano andino, a pocos kilómetros de la ciudad de Puno, la feria de Vilque fue la más famosa de las ferias del sur peruano desde las primeras décadas del siglo XIX hasta la llegada del ferrocarril a Puno, que impulsó el crecimiento de Juliaca y condicionó la paulatina decadencia de la feria. El poblado de Vilque, de pocos centenares de habitantes, era en el siglo XVIII un centro de peregrinaje para rendir culto a la imagen del Señor de Vilque, en la época de Pentecostés. El incremento del mercado de exportación de lana de camélidos y la demanda de mulas provenientes de Argentina convirtieron este lugar, desde las primeras décadas del siglo XIX, en una feria donde decenas de miles de personas realizaban sus actividades aprovechando la multitud presente y el dinero circulante. Destacamos en la feria la importancia de la oferta de fibra, exclusivamente en manos de indígenas sin participación de haciendas, reforzando la propuesta de autonomía de las economías indígenas en la primera mitad del siglo XIX.

Palabras clave

Vilque / Feria / Producción indígena / Comercio de lana / Comercio de mulas

Abstract

Located in the Andean highlands, a few kilometers from the city of Puno, the town of Vilque hosted the most famous fair in Southern Peru. The fair flourished during

the early nineteenth century, until the arrival of the railroad to Puno, which boosted the growth of Juliaca, and conditioned the gradual decay of the fair. During Pentecost in the eighteenth century, the town of Vilque, with its few hundred inhabitants, was a center of pilgrimage for the faithful of the Lord of Vilque. The early nineteenth-century growth of the camelid wool export market, and the demand for mules from Argentina turned Vilque into a fair where tens of thousands of people carried out business taking advantage of the flow of people and cash. We emphasize the importance of the fiber offer, exclusively in the hands of indigenous people without the participation of haciendas, reinforcing the notion of native economic autonomy during the first half of the nineteenth century.

Keywords

Vilque / Fair / Native Production / Wool trade / Mule trade

El boom lanero

Ubicado en el altiplano puneño, a una altura de 3,860 metros sobre el nivel del mar, a pocos kilómetros de la ciudad de Puno, Vilque es hoy un humilde pueblo con algunas centenas de habitantes, que no debe confundirse con Vilque Chico, siendo este último un distrito de la provincia de Huancané. Hoy, el nombre de Vilque no evoca la importancia de su pasado, durante el cual tuvo lugar la principal feria del sur peruano desde las primeras décadas de 1800, hasta la llegada del ferrocarril a Puno, en 1874.

En Vilque nació, en 1808, Juan Bustamante Dueñas, el “Loco Bustamante” o “Mundo Purikuq”,¹ “exitoso comerciante de lanas” y viajero que dio la vuelta al mundo y fue asesinado en Pusi—cerca de su pueblo natal—en enero de 1868, siendo líder de un movimiento campesino duramente reprimido en pleno auge de exportación de lanas de ovinos y camélidos, y por ende, de la feria de Vilque. Dicha feria tenía lugar por dos semanas, durante la celebración de Pentecostés, a fines del mes de mayo o inicios de junio cuando las ocupaciones agrícolas/pastoriles no son tan demandantes de trabajo. En su libro de viajes, editado en 1849, Juan Bustamante elogia la feria de su pueblo natal.

¹ Emilio Vásquez, *La rebelión de Juan Bustamante* (Lima: Librería Editorial Juan Mejía Baca, 1976).

Hace varias décadas, en su importante estudio sobre la importancia del puerto de Islay en el siglo XIX, Heraclio Bonilla remarcó que “la economía del sur peruano, en el siglo XIX [...] reposó fundamentalmente sobre la explotación y exportación de las lanas”.² En efecto, desde la década de 1830, esta ciudad se convirtió en el epicentro de la acumulación de lana acopiada en las zonas altoandinas de Puno, fundamentalmente, permitiendo la conversión del puerto de Islay en el principal lugar de despacho marítimo utilizado por las diversas casas exportadoras asentadas en Arequipa:

Año	Quintales	Libras
1834	57	183
1835	1,834	6567
1836	1,009	4642
1837	3,858	15432
1838	4,593	22965
1839	8,555	79530

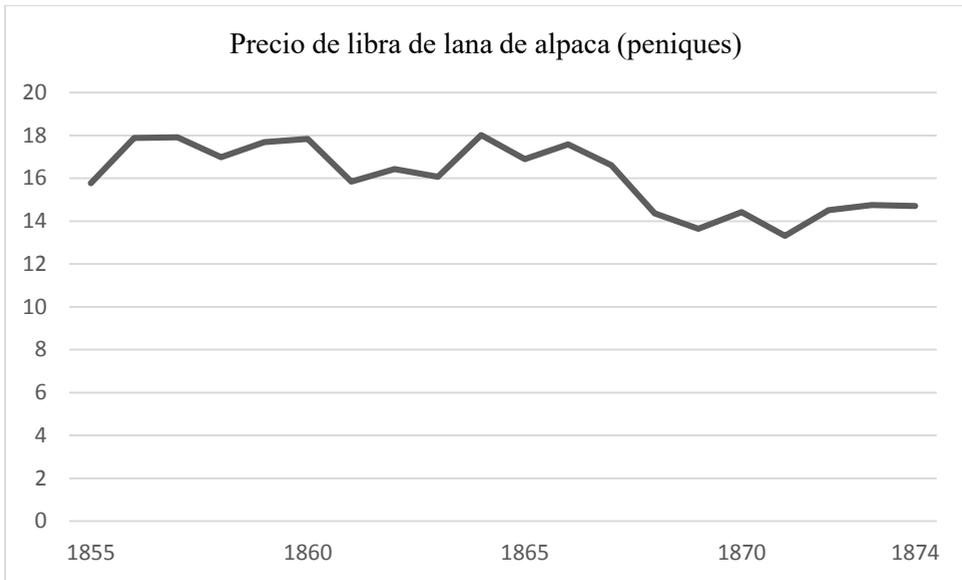
Cuadro 1: Lana exportada por Islay. En Bonilla, “Islay y la economía del sur peruano en el siglo XIX”, 35.

Este crecimiento espectacular continuó su alza sostenida por varias décadas. Según Bonilla, se pueden distinguir—entre 1854 y 1919—cinco fases según las cifras de exportación de lana, básicamente de alpaca:

1. 1854-1860: expansión
2. 1860-1880: declive
3. 1880-1892: expansión
4. 1892-1911: declive
5. 1911-1919: expansión

² Heraclio Bonilla, “Islay y la economía del sur peruano en el siglo XIX”, *Apuntes. Revista de Ciencias Sociales* 2 (1974): 34.

Si tomamos como referencia la llegada del ferrocarril a Puno en la década de 1870, se identificarían entonces dos fases, una de expansión hasta 1860 y otra de contracción hasta 1880. Podríamos cotejar estas fases con la evolución de precios que el mismo Bonilla nos presenta, a partir de cuyos datos elaboramos el siguiente gráfico:



Cuadro 2. Precio de la lana de alpaca (peniques). En Bonilla, “Islay y la economía del sur peruano en el siglo XIX”.

De casi 16 peniques por libra en 1855, el precio se mantiene hasta su caída en 1869 a 14 peniques, ratificando que a fines de la década de 1860 la exportación lanera sufre un estancamiento del cual se recuperará apenas 20 años después, al iniciarse otro ciclo de expansión.

La cruenta guerra civil que se libró entre 1856 y 1858 fue el mayor ejemplo, en el periodo que nos interesa, de la azarosa vida política del país, enfrentando caudillos e intereses regionales y parcialmente ideológicos, con secuelas directas sobre la economía del sur altiplánico, como señalan los informes de los cónsules británicos citados por Bonilla:

Durante el año pasado los negocios han sido malos en la ciudad de Arequipa, debido en gran parte a la reacción generada después del sobre-comercio ocurrido en 1858. El comercio con el interior ha sufrido un daño incalculable a

causa del movimiento revolucionario que tuvo lugar en la ciudad del Cuzco en el mes de mayo, el mismo que destruyó la feria de Vilque.³

Junto con las luchas caudillistas, no podemos dejar de mencionar las innumerables protestas indígenas ocurridas en el altiplano—sobre todo en Huancané—contra el intento de reimplantación de la contribución personal, en el marco de lo que se ha denominado exageradamente como “guerra de castas” en clara alusión a la sublevación maya en Yucatán ocurrida en la misma época, que condujo a la respuesta genocida del estado mexicano. El punto culminante en Huancané fue la revuelta encabezada por Juan Bustamante entre 1866 y 1868, que altera profundamente la cotidianeidad de la región, en la cual las economías indígenas, conforme veremos, eran el vector más importante de los intercambios comerciales gracias a la producción alpaquera.

La feria: tenderetes, mulas y garitos

A pesar de la importancia que ocupan las grandes ferias en la economía de la república naciente, no existen suficientes investigaciones para indagar sobre estos espacios cruciales donde las economías indígenas participan en los mercados regionales e incluso internacionales, como es el caso de la lana de alpaca y de ovino producidas en las parcialidades y ayllus puneños, las cuales eran finalmente consumidas sobre todo en la sociedad inglesa. Langer propone que estas ferias en la república reemplazaron a los mercados generados por la minería colonial, sobre todo Potosí:

Muy poco se ha hecho sobre este tema, a pesar de Viviana Conti y yo hemos sostenido que las ferias, en lugar de los grandes mercados de minería andina de la época colonial, muy especialmente Potosí, representan una importante evolución de los patrones de comercio en los Andes.⁴

La feria de Vilque se estableció en los linderos de la hacienda Yanarico, que fuera propiedad de los jesuitas. No tenemos información precisa sobre la feria a fi-

³ *Ibid.*

⁴ Erick D Langer, “Indian Trade and Ethnic Economies in the Andes, 1780-1880”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* 15, n° 1 (2004): 18.

nes del siglo XVIII e inicios del XIX, período en el cual la peregrinación original al Señor de Vilque, posiblemente impulsada por los jesuitas—como señala Jacobsen—fue derivando en un evento básicamente comercial.

Diversos viajeros del siglo XIX han perennizado, con sus vívidas descripciones, las características de la feria de Vilque, además de informes oficiales de funcionarios ingleses y franceses destacados a la región (ver Bibliografía). Markham la describe en 1860:

Fuera del pueblo había miles de mulas de Tucumán esperando que los arrieros peruanos las compraran. En la plaza había puestos de todo tipo de productos de Manchester y Birmingham; en lugares más apartados había polvo de oro y café de Carabaya, plata de las minas, corteza y chocolates de Bolivia alemanes con cristalería y prendas de lana de punto, modistos franceses, italianos, indios quechuas y aimaras en sus diversos trajes pintorescos; de hecho, todas las naciones y lenguas...El camino estaba repleto de personas que venían de Arequipa a la feria de Vilque: tenderos nativos, comerciantes ingleses llegados a concertar sus suministros de lana, y una ruidosa compañía de arrieros en camino a comprar mulas, y armados hasta los dientes con pistolones, viejas armas e inmensas dagas, para defender sus bolsas de dinero.⁵

En 1838, Eugène de Sartigues da cuenta de la importancia de Vilque:

Vilque tiene cierta importancia en el país a causa de la feria de mulas que tiene lugar allí una vez al año. Se traen las mulas de Tucumán, provincia de la República del Plata y se emplea cuatro meses en realizar el viaje. De Vilque se distribuyen a todo el Perú. Esa gran población está edificada a orillas de una llanura pantanosa que parece haber sido el lecho de un lago y termina en un vasto estanque.⁶

⁵ Nils Jacobsen, *Ilusiones de la transición. El altiplano peruano, 1780-1930* (Lima Banco Central de Reserva del Perú / Instituto de Estudios Peruanos, 2013), 129-130.

⁶ Eugène de Sartigues, “Viaje a las repúblicas de América del Sur (1834)”, en *Dos viajeros franceses en el Perú republicano*, por E. de Sartigues y A. de Botmiliau, Emilia Romero, trad. (Lima: Cultura Antártica, 1947 [1848]).

De la misma época es la opinión de otro viajero:

A algunas leguas del gran lago Titicaca, que duerme como un mar interior entre la meseta del Collao y las montañas de Bolivia, se levanta el villorrio de Vilque. Es allí donde se celebra esa feria, la más considerable del Perú y quizás de toda la América del Sur y a la que afluyen las poblaciones, no solo de los departamentos vecinos, Arequipa, Moquegua y el Cusco, sino también de Bolivia y de las provincias argentinas, en particular del Tucumán. Durante quince días Vilque, que apenas cuenta con algunos centenares de habitantes, ve elevarse su población hasta diez o doce mil almas.⁷

La feria de Vilque fue originalmente una gran “tablada” de comercialización de miles de mulas llegadas desde la región de Tucumán, luego de un largo periplo que se iniciaba más al sur de esa región hasta llegar, luego de varios meses, a Vilque.

En efecto, el negocio de mulas traídas desde el territorio del antiguo Virreinato de La Plata representó la continuidad de un gran intercambio iniciado en la época colonial, y sostenido hasta la segunda mitad del siglo XIX, que generó en el Bajo Perú un circuito de ferias que, por rebotes sucesivos, llegaba algunas veces hasta Cerro de Pasco. Aún hoy existe en el lenguaje popular la frase “más terco que mula tucumana”.

Hasta la segunda mitad del siglo XVIII, la gran feria de mulas del sur peruano se realizaba en Paucarcolla, a pocos kilómetros de Vilque:

A las dos leguas de Puno, camino algo escabroso sin riesgo y de trotar, está el pueblo de Paucarcolla, que fue la capital de la provincia y que actualmente está arruinado, pero sin vestigios de haber sido de alguna consideración. En él se proveen de mulas correos y pasajeros con mucha prontitud, porque hay abundancia.⁸

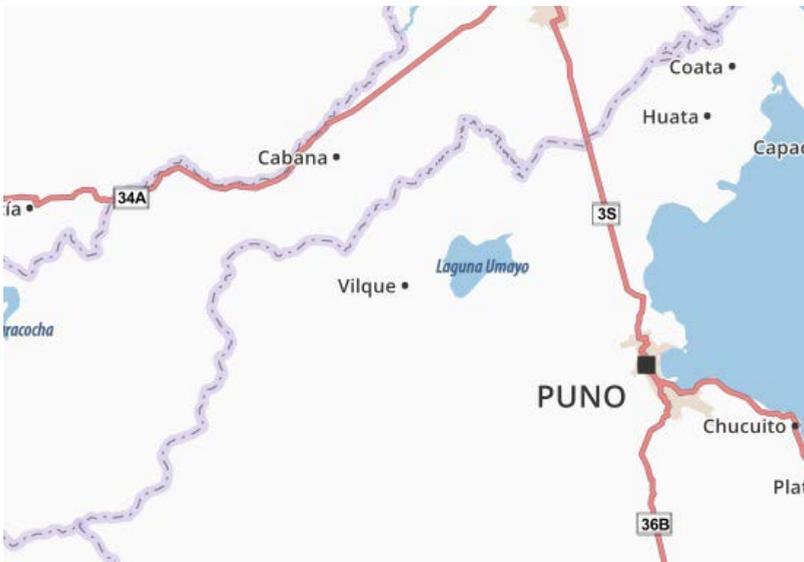
En su minuciosa propuesta para la reforma de los correos coloniales en el Virreinato del Perú, Alonso Carrió de la Vándera “Concolorcorvo”, administrador del correo real, en su *Lazarillo de ciegos y caminantes desde Buenos Aires hasta Lima*

⁷ Adolphe de Botmiliau, “*La republica peruana*”, en Sartigues y Botmiliau, *Dos viajeros*, 204.

⁸ Alonso Carrió de la Vándera “Concolorcorvo”, *El Lazarillo de Ciegos Caminantes, desde Buenos-Ayres, hasta Lima* (Buenos Aires: Ediciones Argentinas Solar, 1942 [1773]), 247.

(editado en Lima en 1776), no menciona a Vilque, tal como si hace con Paucarcolla, Coporaque y Tucle, citando estas dos últimas como dos grandes ferias de mulas, en Cusco y Jauja respectivamente. Sin embargo, describe con minuciosidad la “industria” de crianza y venta de mulas desde Tucumán al Perú. En recuerdo de ese pasado existe actualmente una danza en Vilque llamada “los Tucumanos”, inspirada en los arrieros que confluían en Vilque. Y en Salta, Argentina, se rinde culto al Señor de Vilque, en el pequeño pueblo de Sumalao, la gran “tablada” de mulas en Salta de donde partían las recuas hacia el altiplano y el Perú.

En el valle de Lerma, donde se halla ubicado, el pueblo de Sumalao, dice una leyenda popular que “fue una terca mula la que trajo la imagen desde Puno”.



Mapa 1. Vilque en la Región Puno.

Paucarcolla, además de ser cabecera de un corregimiento del cual dependía la parroquia de Vilque, era el lugar, como dijimos, donde se realizaba a fines del siglo XVIII la feria de mulas más importante del altiplano; pero también fue un lugar importante durante el levantamiento de Túpac Amaru. Luego de este suceso, según parece, la feria se trasladó a la cercana localidad de Vilque, convirtiéndose este poblado en el principal lugar de venta de mulas traídas desde las provincias argentinas, así como en un centro de acopio de lana, vendida por indígenas a agentes intermediarios, y exportada a través de Islay por compañías surgidas en la primera mitad del siglo XIX, cuya sede central estaba en la ciudad de Arequipa.

La feria de Vilque era sometida a remate público anual, adjudicando al mejor postor el control y manejo del espacio ferial. Casi no existe información sobre la feria en el Archivo Regional de Puno y nuestros esfuerzos apenas han sido gratificados con un par de documentos relacionados precisamente a dicho remate. El primero está fechado en agosto de 1820:

El barbero Eustaquio Murillo en quien se remato la plaza de la feria de Vilque en cantidad de ciento quince pesos; hasta ahora no lo ha exivido sin embargo de ntras. repetidas recombenciones. Por lo q. lo hacemos presente a VS. para que se sirva librar las providencias conducentes al pago y afin de q. no se carezca mas tiempo de esta cantidad q. debio haber ingresado en Arcas desde aquel tpo. A los ocho días como VS. lo dispuso. Dios guarde a VS. Contad. Pral. de Puno y Agosto 8 de 1820. Victorino de la Riva y Pablo Man. de Egrena. P. S. Gobernador Inte. D. Tadeo Garate.⁹

El otro documento, que data de 1823, señala que “la subasta de la feria será por 158.3 1/2 reales”. Los agentes consulares ingleses instalados en Islay eran los primeros interesados en adquirir información sobre la feria, convertida en un espacio crucial tanto para conocer el precio de la fibra de camélido como para sondear la potencial adquisición de productos ingleses:

Vilque es un pequeño pueblo en el Departamento de Puno, distante a unas cinco leguas de la ciudad de ese nombre, y a unas cuarenticinco leguas de Arequipa. En la feria realizada allí, se llevan a cabo un número considerable de transacciones comerciales; gran cantidad de mercadería es enviada allí por los comerciantes de Arequipa, y llegan compradores desde Cuzco, Bolivia, y las provincias argentinas. Aquellos de este último país traen consigo gran cantidad de mulas para la venta; allí también se hacen cuantiosos contratos para la entrega de lana, la materia prima que constituye la exportación principal del distrito; así, se verá que el éxito o fracaso de esta feria es un asunto de no poca importancia para la comunidad comercial.¹⁰

Como era de esperar, igualmente en búsqueda de mejorar la venta de productos franceses en el Perú, el vice cónsul francés en Arequipa viajó a Vilque poco

⁹ Archivo Regional de Puno.

¹⁰ Informe del Sr. Wilthew, Cónsul británico en Islay, sobre el comercio de su distrito consular durante el año 1859, en Bonilla, *Gran Bretaña y el Perú, 1826-1919. Informes de los cónsules británicos*, tomo IV (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1977), 109.

antes que su paisano viajero Botmilieu y envió en 1846 un informe al cónsul francés en Lima, resumiendo la oferta comercial que había observado en la feria:

Productos en la feria de Vilque:

Productos del país:

oro de Paucartambo,
plata, café, coca, chocolate, cacao del Cusco,
azúcar
bayetones, telas de lana ordinaria,
aguardiente
sillas de montar
contratos para las lanas y la quinquina (que se exportan por Islay y Arica).

Mulas de Tucumán,

Oro de Bolivia,

Plata de Bolivia

Artículos franceses:

vinos, aguardientes y licores, telas, merinos, chales de lana, chales de seda, pañuelos, tejidos de seda, rubana de seda, tela para chaleco, tejidos de algodón, mercería, arpillería, librería, papelería, joyería, armas e instrumentos.

Artículos ingleses:

bayetón, algodones impresos y crudos, tocuyo, calicota, quincallería, telas, medias de algodón, medias de seda, cerveza (de uso generalizado entre los indios).

Artículos de procedencia diversa:

vino de España, juguetes de niños, vidriería ordinaria.¹¹

Esta lista de productos ofertados en la feria es completada en el informe citado del cónsul, que incluye una aguda observación:

Independientemente de las ventas de las cuales vengo de hablar, y que son hechas al detalle o en semi mayoreo para el aprovisionamiento de las ciudades del interior, en Vilque se hace la mayor parte de los contratos para las lanas y la quinquina que se exportan por Islay y Arica. Estos no pueden ser estimados en menos de doscientas mil piastras, y éste ha sido un año muy inferior en razón de la baja de estos dos artículos en Europa. Lo que llama la atención en el cuadro precedente de mercaderías vendidas en la feria de

¹¹ Jaime Urrutia, *Informes de los cónsules franceses en Lima, 1842-1877* (Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos / Instituto de Estudios Peruanos, 2015), 60.

Vilque es lo exiguo de la cifra que representan los artículos franceses comparada con la cifra de los artículos ingleses. Esta inmensa diferencia proviene sobretodo del hecho de que en el interior del Perú los objetos de lujo, de los cuales se compone especialmente nuestro comercio, son aún casi enteramente desconocidos, mientras que los artículos ingleses, tales como el bayetón, los algodones crudos y los impresos, tienen ahí un uso generalizado entre los indios.¹²

En Vilque, en suma, la venta de lana permitía la excepcional concurrencia de una producción diversa extrarregional: oro y productos agrícolas del Cusco, mulas de Tucumán, oro y plata de Bolivia, además de mercadería inglesa y francesa.

Mateo Paz Soldán, en su *Geografía del Perú*, calcula el movimiento económico de la feria el mismo año de 1846:

[...] nos concretaremos al que se hace todos los años en la célebre feria de Vilque el día de Pentecostés. Dista este pueblo de Puno 7 leguas y aunque normalmente su población es de 2,000 habitantes; pero en la época de la feria llega hasta 30,000, pues vienen desde la República Argentina. En 1846 se vendió:

Productos del país	70,000 \$
Productos extranjeros	485,000 \$
Total	555,000 \$

Además de esto hay los negocios y contratos comerciales que representarán un valor de más de 200,000 pesos. Por consiguiente, casi puede asegurarse que en esta feria, cada año juega un capital de un millón de pesos más o menos.¹³

Si bien diversos investigadores han presentado cifras del comercio lanar en el sur andino en base a documentación aduanera, solo disponemos, para el conjunto del movimiento monetario de la feria, de cifras proporcionadas por viajeros, funcionarios o escritores basadas en observaciones y cálculos subjetivos, como aquellos consignados por Paz Soldán, que parecerían más cercanos a la realidad que los resumidos por Vásquez en su libro sobre Juan Bustamante, donde señala que:

¹² *Ibid.*

¹³ Mateo Paz Soldán, *Geografía del Perú* (París: Fermin Didot, 1862), 423.

*Año tras año, hacia los días de la Pascua de Pentecostés, se repetía la renombrada feria en la cual—se cuenta—se hacían transacciones por nada menos que la cantidad de cinco millones de pesos, por aquellos tiempos una suma fabulosa, extraordinaria.*¹⁴

Según el cónsul inglés:

Tomando en consideración las mercaderías importadas a lo largo de la costa y aquellas adquiridas por los pequeños comerciantes, puede calcularse el valor aproximado de las importaciones, durante el año, en Libras 350,000.¹⁵

Jacobsen hace una propuesta más cauta, señalando que “el volumen de los negocios realizados en la feria a finales de la década de 1840 podría haber alcanzado entre los 750 mil y los 2 millones de pesos”.¹⁶

A los viajeros y funcionarios que describieron la feria se suman diversos estudios que analizan el ciclo de exportación lanar, complementario del guanero, que se generó en el sur andino peruano, teniendo como eje la ciudad de Arequipa y que implicó el activismo del puerto de Islay, tanto para exportar la lana de ovinos y la fibra de camélidos, como para desembarcar los más diversos artículos, sobre todo ingleses. La exportación de lana en el sur andino, de rápido incremento entre 1835 y 1840, implica un espacio mayor que el del mero altiplano donde se ubicaba la feria de Vilque. Flores Galindo propone la rearticulación de circuitos económicos en el sur que fueron modificándose a partir de la creciente importancia de Arequipa y su control del mercado de lanas:

A través de la feria de Vilque persistían los lazos entre el Cuzco, Puno, Arequipa, de un lado; y Bolivia y la Argentina, del otro. Pero a medida que se fue desarrollando el comercio lanero, las vinculaciones interandinas fueron subordinadas a las relaciones entre la costa y la sierra, el puerto y el interior, teniendo como nexo a la ciudad de Arequipa. El comercio lanero permitió la reconstitución del circuito comercial del sur, interrumpido con la independencia y el caudillismo. Pero la dirección de este circuito fue sustancialmente diferente a la que tuvo durante el siglo XVIII.¹⁷

¹⁴ Vásquez, *La rebelión*, 40.

¹⁵ Bonilla, *Gran Bretaña*, vol. IV, 172.

¹⁶ Jacobsen, *Ilusiones*, 130.

¹⁷ Alberto Flores Galindo, *Arequipa y el sur andino: ensayo de historia regional (siglos XVIII-XX)*

En efecto, Flores Galindo afirma que el espacio regional del sur, que hasta el surgimiento de la república tenía un eje longitudinal que desde el Cusco articulaba el altiplano y el Alto Perú, desde la década de 1830 se modificó por otro eje, esta vez transversal, que unía el altiplano peruano con Arequipa y el puerto de Islay, sobre la base de exportación de lanas, oro, plata y quinina. Según el mismo Flores, en 1821 se estableció en Arequipa la casa Braillard (francesa), luego la casa Gibbs (inglesa), y otras como Forga, Stafford, Gibson y Fletcher. En total, más de doce grandes casas comerciales que acopiaban lana procedente de las ferias campesinas, siendo Vilque (Puno) la más importante de ellas.¹⁸

El eje central de intercambio tuvo, entonces, a Arequipa como polo dinamizador y a la feria de Vilque como punto central de un circuito comercial en el cual ya no se trataba solamente de mulas, sino se acumulaba la lana de ovinos y camélidos, sobre todo de alpaca, y se expendían muy diversos productos. La mayor cantidad de la lana comercializada provenía de hatos manejados por campesinos indígenas, mientras que las haciendas apenas insinuaban un ciclo de expansión en tierras de comunidades, que tendrá sus zenit a finales del siglo XIX e inicios del XX.

Además de la población indígena del entorno, de la cual provenían los principales asistentes de la feria, Vilque atraía a miles de comerciantes, arrieros, vendedores de baratijas y también vagabundos de distinta índole, ociosos o “pinganillas”, e incluso era “el último recurso de las rameras”, según un artículo en un diario cusqueño de 1848, citado por Glave.¹⁹

Por la feria también pasó el incansable Antonio Raimondi:

Para el viajero que recorre un país, no hay mejor ocasión para sus estudios sobre las razas, que la que ofrece una feria. Allí tiene la facilidad de ver reunida en un solo punto una infinidad de tipos distintos [...] El triste pueblo de Vilque, que en los demás días del año escasea de todo recurso, no hallando el viajero con que satisfacer sus más urgentes necesidades, en la época de la feria cambia totalmente de condición, siendo el lugar de cita de los comerciantes de Arequipa, Moquegua y Lima.

(Lima, Editorial Horizonte, 1977), 75.

¹⁸ *Ibid.*, 57.

¹⁹ Luis Miguel Glave Testino, *La república instalada. Formación nacional y prensa en el Cuzco, 1825-1839* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2004), 145.

Entonces se improvisan en el pueblo de Vilque varias fondas, cafés, heladerías, tiendas de comercio, etc., y la población que poco antes era casi solitaria y desierta se convierte en un centro de actividad y vida”.²⁰

Esta multitud variopinta, venida en principio a rendir culto al Señor de Vilque, convertía pues al villorrio en una colmena ajetreada donde productos nativos e importados, transportados en cientos de mulas o en camélidos, eran comprados y vendidos para ser redistribuidos en el sur del país, y también exportados, como era el caso de la lana de ovinos y la fibra de camélidos, apetecidas, sobre todo, por el mercado inglés. Vilque se convertía, también, durante la semana de feria, en un gran garito, si aceptamos la descripción de Valdez, quien seguramente exagera su énfasis moralista en 1854 (ver Anexo 2):

Tal vez no exista en el mundo un lugar donde la abundancia de dinero y la falta de grandes y combinados objetivo de una industria creadora haya hecho que el juego se convirtiera en una profesión y en un espectáculo público, como en la celebrada feria de Vilque [...] Aumentó después tanto esta concurrencia que el pequeño pueblo llegó de pronto a contar con una población de 100,000 (sic) almas, y la plaza donde antes solamente se vendían toscos tejidos indígenas, manteca de vaca, quesos, y carne salada, cubríase en un instante de todas las producciones de la tierra, y convertíase en una ciudad temporal, para así decir, donde se reunión comerciantes de Lima, Cuzco, Arequipa, La Paz, Tacna, Chuquisaca, Buenos Aires, y todas las demás ciudades principales de Colombia, de las provincias del Rio de la Plata y del bajo y alto Perú...El lugar santo pasó a plaza de comercio y de plaza de comercio a casa de juego; a ella concurrían los curas de todas las parroquias del virreinato; se veían allí a generales, intendentes, gobernadores, sub-delegados, chantres, vicarios, deanes, contadores, tesoreros, etc., Había más de cien casas, donde toda esa gente jugaba día y noche, por espacio de una semana; era tanta la abundancia del dinero, que en esa ocasión, los pagos y las cobranza se hacían en las copas de los sombreros para no perder el tiempo en contarlos.²¹

²⁰ Antonio Raimondi, *El Perú. Itinerario de viajes*, libro II (Lima: Imprenta Torres Aguirre, 1929), 379, <http://www.cervantesvirtual.com/obra/el-peru-itinerarios-de-viajes-version-literal-de-libretas-originales-0/>

²¹ José Manuel Valdez y Palacios, *Bosquejo sobre el estado político, moral y literario del Perú en sus tres grandes épocas* (Lima: Biblioteca Nacional, 1971 [1843]).

Y tal como había descrito Valdez, el vice cónsul francés ratifica la importancia de los juegos de azar en la feria:

El aspecto de un campo de batallas después del combate no es menos siniestro que el de un salón de juego peruano alumbrado por las primeras claridades del alba. El monte de la feria de Vilque es además célebre en el Perú. Devora a menudo grandes fortunas y se cita a más de un negociante cuya ruina ha sido precipitada en esta forma. En todas partes en el Perú, el monte tiene sus templos.²²

El citado Botmiliau resume su visión de la feria, resumiendo el comercio de mulas y los garitos de juego diciendo que “cuando se ha visto a los domadores de caballos y a los jugadores de monte, se conoce los dos espectáculos más curiosos de la feria de Vilque”.²³

Es precisamente Botmiliau quien ha descrito con mayor vivacidad la feria en general—la oferta y compra de mulas en particular—en las pampas adyacentes al pueblo de Vilque (ver Anexo 1). Su observación general no oculta la sorpresa de ver objetos “finos” mezclados en los tenderetes de la feria con productos “chuscos”:

Las mercaderías más finas así como las más ordinarias de Europa y de América, estaban expuestas unas cerca de otras en un extraño desorden. Al lado de sacos de cacao y hojas de coca se exhibían relojes de Ginebra y joyas de París. Nuestros paños, nuestros terciopelos y nuestras sedas, se ofrecían a las miradas en groseros bayetones que se fabrican en el Cusco....a menudo una mujer que tenía solo un pedazo de bayeta sobre los hombros compraba sortijas de brillantes de 50, de 60 pesos (250 a 300 francos), o pendientes de perlas más ricos aún.²⁴

Vilque y la economía indígena

Debido a la fuerte demanda de lana de alpaca, por el gran número de géneros que actualmente son manufacturados con ella estos animales son cuidados por sus propietarios, los indios, muchos más que antes, y han aumentado considerablemente en número.²⁵

²² Botmiliau, “La República peruana”, 207.

²³ *Ibid.*

²⁴ *Ibid.*

²⁵ Bonilla, *Gran Bretaña*, vol. IV, 247.

Este ajeteo comercial donde lanas, mulas y garitos se combinaban bulliciosamente está a la espera de una investigación basada en fuentes primarias existentes en los archivos de la región. Desgraciadamente, nuestros esfuerzos en el Archivo Regional han resultado absolutamente estériles pues, como dijimos anteriormente, apenas encontramos un par de documentos secundarios referidos al remate anual de la feria de Vilque. Es decir, seguimos sin responder cabalmente las inquietudes que Bonilla planteó en su estudio sobre Islay:

No se conocen desafortunadamente los mecanismos de las transacciones comerciales establecidas entre las casas comerciales y los campesinos-ganaderos, las formas de captación de la lana, los niveles de los precios, las tasas de beneficio, las formas de organización de los campesinos-ganaderos, etc.²⁶

Pero podríamos sugerir que tratándose básicamente de una oferta indígena, la venta de lanas no requería documentos legales que la registraran; más aun teniendo en cuenta, como sucedía y sucede en muchas ferias indígenas, que los “rescatadores”, acopiadores, negociaban con habilidad un precio que posiblemente lindaba con el engaño. Quizás existan en otros archivos documentos o cartas de compromiso emitidos por las casas comercializadoras arequipeñas a los acopiadores que las abastecían, señalando montos de dinero, cantidad de lana y periodos de entrega.

Por ahora debemos contentarnos con plantear algunas preguntas de partida para comprender las características de esta feria y su papel en la articulación del espacio económico involucrado en ella: ¿Por qué, si la participación indígena en la feria era fundamental, no lograron los integrantes de las parcialidades un ahorro importante, es decir, no se “capitalizaron”? De otra parte, ¿cuál era la dinámica de la feria de Vilque? ¿Cuál era la relación entre este movimiento mercantil en Vilque y las estructuras socio productivas que le daban vida? ¿Cuáles son las características de la participación indígena en la feria? ¿Qué impacto tuvo la feria en la economía campesina local, desde el inicio de la república hasta la llegada del ferrocarril a Juliaca en 1874?

Bonilla propuso tentativamente que en “esa economía básicamente ganadera, los propietarios de los animales que producían las lanas, según informes concordantes de los cónsules, fueron los campesinos indios de la región”.²⁷

²⁶ Bonilla, “Islay”, 35.

²⁷ *Ibid.*

Los mercados indígenas rurales de Bolivia y Perú en el siglo XIX, incluyendo entre ellos a la feria de Vilque, han merecido la atención de Eric Langer, quien presenta algunas respuestas a estas preguntas, tratando de explicar las características de la participación indígena en el intercambio ferial y su etnografía básica, es decir la vinculación de la economía de las parcialidades indígenas con la feria y el impacto de ésta en aquella:

Otro aspecto importante del comercio indígena en el siglo XIX se refiere a las ferias anuales. Muy poco se ha hecho sobre este tema, a pesar de Viviana Conti y yo hemos sostenido que las ferias, en lugar de los grandes mercados de minería andina de la época colonial, muy especialmente Potosí, representan una importante evolución de los patrones de comercio en los Andes.²⁸

Langer ha propuesto que la primera parte del siglo XIX se caracteriza por un periodo de preeminencia de las economías étnicas andinas, lo cual no sucedía desde mediados del siglo XVI. La historia de la feria de Vilque, inicialmente una feria campesina, es un capítulo importante en la historia de la articulación económica del sur andino y explica en buena medida la relación de importantes sectores ganaderos indígenas al mercado, así como la dinámica de un amplio espacio rural involucrado en este centro de transacciones.

Debemos reconocer que, a pesar de las importantes investigaciones sobre el ciclo lanero, queda la tarea de estudiar la feria de Vilque en concreto, epitome de una circulación mercantil que involucró a miles de personas, sobre todo indígenas, en un amplio espacio, donde circularon importantes flujos monetarios. Por lo tanto, la investigación que nos parece responder a algunas de nuestras inquietudes es la que ha publicado Eric Langer, quien observa que:

La mayoría de los historiadores de la economía que se han centrado en las repúblicas andinas en el siglo XIX y más allá, prácticamente han ignorado el aspecto del comercio indígena, a pesar de su importancia. Hay muchas razones para ello, que incluyen una concentración en las fuentes a nivel nacional, la falta de muchos datos cuantitativos sobre el comercio interno y la riqueza concomitante de información sobre las exportaciones y las importaciones, así como la muy reciente aplicación de preocupaciones y métodos etno-históricos al siglo XIX.²⁹

²⁸ Langer, "Indian Trade", 18.

²⁹ *Ibid.*, 15.

Langer propone corregir esta visión parcial y centralizada de las economías indígenas:

[...] se puede argumentar que el inicio del siglo XIX representa un período de la dominación de las economías étnicas andinas no presenciado desde mediados del siglo XVI. [...] tanto las economías internas y de exportación de Bolivia y Perú las tierras altas en la primera mitad del siglo XIX fueron altamente dependiente de lo que podría llamarse las “economías étnicas” de las comunidades indígenas.³⁰

El mismo autor señala que, en la década de 1840, la Feria de Vilque se encontraba en pleno apogeo, “esencialmente debido a la gran participación de los indios que vendían sus lanas en ella”; y, retomando la propuesta de Flores Galindo, “la participación de comerciantes de lugares tan lejanos como Bolivia y Argentina representó una reconstitución de los circuitos comerciales del siglo XVIII”.³¹ En suma, como dice Langer, el comercio indígena fue crucial para las economías de la región andina.

Por su parte, Nils Jacobsen, basado sobre todo en datos de la provincia de Azángaro, ha publicado una importante investigación para entender la dinámica socio económica del altiplano septentrional entre 1780 y 1930. Una de sus principales conclusiones es la situación exitosa de las economías campesinas durante la fase del ciclo lanero que corre entre 1830 y 1870. Jacobsen también ha remarcado el dinamismo de la economía indígena de la región en ese período, previo a la expansión abusiva de las haciendas a costa de tierras de las parcialidades, proceso que si bien se insinúa desde 1850, adquiere niveles avasalladores en la última década del siglo XIX, a contracorriente de las economías indígenas que van perdiendo no solo las tierras de pastoreo, sino su autonomía en los circuitos comerciales.

Según Jacobsen, en la década de 1870 se puede constatar que la mayoría de la población indígena de la provincia de Azángaro vivía fuera de las haciendas ganaderas, asociada de diversa manera con ayllus o parcialidades.³² Sin embargo, dos décadas después la gran oleada de compra de tierra por parte de los grandes hacen-

³⁰ *Ibid.*, 9.

³¹ *Ibid.*, 19.

³² Jacobsen, *Ilusiones*, 237-238.

dados hispanizados, entre la década de 1890 y 1920, originó una endémica violencia abierta en el campo azangarino.³³

La feria de Vilque es la más clara y mayor expresión de la importancia de las economías indígenas. Cabe por lo tanto derivar una pregunta fundamental: ¿cuál fue el destino de las ganancias obtenidas por los indígenas y sus parcialidades en su participación en el activo comercio lanar?

Es importante tener en cuenta que el comercio interétnico, entre los indios y los comerciantes locales, también mantuvo fragmentos de esta calidad moral, al menos como un ideal. Los comerciantes locales participaron en gran medida en el ciclo ritual de los indios. Fueron al carnaval y otras fiestas, y con frecuencia asumieron el papel de los patrocinadores en ciertas ocasiones rituales, cuando se presentaron a la comunidad con alimentos, bebidas y otros artículos necesarios para la celebración. Presumiblemente, los comerciantes dedicados a esta actividad lo hacían como una forma de mantener buenas relaciones con las comunidades y con socios comerciales individuales.³⁴

Nuestro interés central ha sido mirar la feria “desde adentro”, es decir, identificar y describir el funcionamiento mismo de las formas de compra y venta, mirando más hacia la sociedad indígena y su comportamiento. A modo de inicio de la investigación que nos hace falta, quisiéramos proponer tentativamente una hipótesis: la economía campesina de la región del altiplano, básicamente ganadera, nos remite no solo a la propiedad de los hatos y, por ende, al mayor tiempo disponible de las familias respecto a otras sociedades centralmente agrícolas y al intercambio comercial como parte de sus estrategias, sino también a formas culturales precapitalistas, donde los ritos y celebraciones implican un gasto importante, y en las cuales la acumulación de prestigio es quizás más importante que la acumulación de capital.

En suma, luego de vender su producción a los comerciantes, los productores de lana del Altiplano no se daban la vuelta y gastaban inmediatamente sus ganancias en productos importados. Esto era evidente para Clements Markham, quien se preguntaba qué hacían los criadores de alpacas “con las enormes sumas de dinero recibidas”. Sugirió entonces que usualmente enteraban este ingreso en metálico.

³³ *Ibid.*, 379.

³⁴ Langer, “Indian Trade”, 20.

Entre el campesinado del altiplano, los entierros podrían efectivamente haber sido un sentido común de ahorrar dinero para grandes gastos especiales (p.ej. bautismos, matrimonios y funerales), esto es una forma de consumo diferido. Pero en general, este incremento de los ingresos que las exportaciones de lana y las actividades asociadas llevaron a la región, estimuló el comercio regional de bienes producidos domésticamente.³⁵

Es difícil explicar entierros como los sugeridos por Markham, que formaban parte de la mitología de los grupos dominantes en la región, como destino final del dinero “ahorrado” por los vendedores indígenas:

Entre la élite de Puno aún florecía en las décadas de 1850 y 1860 una leyenda según la cual los campesinos indígenas habían enterrado unos diez millones de pesos bolivianos, que eran sus ingresos procedentes de la creciente venta de lana, un dinero que de este modo “desapareció de la circulación”.³⁶

Más pertinente que el entierro de monedas en los hogares indígenas procedente de las ganancias de la feria nos parece la búsqueda de ostentación y por ende de prestigio adquiriendo joyas y vestidos de alto costo. En efecto, nos queda claro que las ganancias obtenidas en el comercio de lana permitían a los indígenas acceder a un consumo de lujo difícil de observar en otras regiones:

Ya la joyería se vende fácilmente en la Sierra, y lo que llama la atención es que mientras más bella es ésta, más la venta está asegurada, pues contrariamente a los mercados de la costa ningún artículo falso puede ser colocado ahí. No es raro ver a una india vestida con los tejidos más toscos llevando un collar de dos y hasta trescientas piastras; las sortijas con las cuales aman tanto adornarse, no valen menos de cien o doscientas piastras, y a menudo más que eso.³⁷

El informe del cónsul británico en Islay, si bien se remonta a un periodo tardío de la feria (1877), es válido en lo que respecta a la oferta de lana de camélidos de parte de las comunidades indígenas, sobre lo cual dice que “el indio peruano, en cuyas manos existe la mayor cantidad de lana, especialmente de alpaca, no puede ser convencido de recibir billetes”.³⁸

³⁵ Jacobsen, *Ilusiones*, 280.

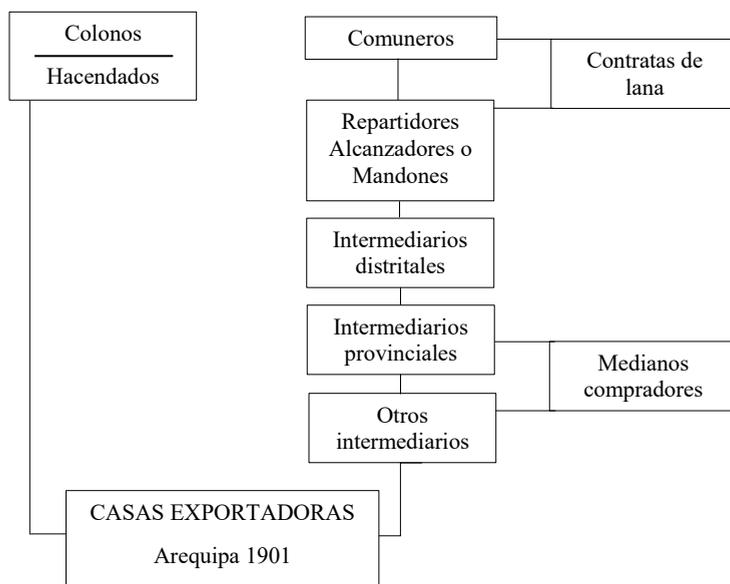
³⁶ *Ibid.*, 315.

³⁷ Botmiliau, “La república peruana”, 208.

³⁸ Gustavo A. Prado R, “Efectos Económicos de la Adulteración Monetaria en Bolivia, 1830-1870”, *Revista de Humanidades y Ciencias Sociales* 1 (1995): 151. El informe está fechado en Islay, 22 de enero, 1877.

Pese a esta configuración de una economía campesina que no utiliza mucho la moneda para adquirir los medios alimenticios de subsistencia, pero maneja dinero por la venta de la mayor parte de su fibra, creo que las posibilidades de capitalización no se dan en la magnitud que se espera por algunas razones que derivamos de la información proporcionada por quienes participan hoy en día como acopiadores en las ferias alpaqueras aún existentes:

Oferta de lanas



Cuadro 3. Circuito de comercialización de la lana puneña.

El esquema de comercialización que presentamos en el gráfico reúne información de inicios del siglo XX, e incluye colonos, hacendados y comuneros como parte del universo productor. La cadena de acopio va desde el “alcanzador” (o “repartidor”/ “mandón”), que adquiere la lana en el lugar de producción y la entrega a una cadena de intermediarios hasta culminar en las casas exportadoras de Arequipa.

Aunque desconocemos las proporciones de participación y ganancia de cada uno de los agentes incluidos en el circuito, podemos proponer por nuestra parte un esquema de comercialización más simple para la feria en Vilque:



Cuadro 4.

En primer lugar, obviamente, están los indígenas ofertantes, sobre todo de lana de alpaca obtenida de hatos familiares pequeños pero manejados en las parcialidades colectivamente a través de pastores, puesto que las pasturas no están privatizadas. La esquila es familiar y nos remite a la venta individual de la fibra en pequeña escala pues no disponemos de información sobre ofertas y ventas colectivas en mayores volúmenes que podrían negociar en principio mejores precios, tal como sucede posteriormente con las haciendas.

El contacto inmediato del indígena no es tanto el “alcanzador”—llamado en muchas ferias actuales “rescatador”—, quien además de utilizar artimañas diversas, ofrece ventajas al vendedor y posiblemente mantiene con él algún tipo de vinculación que va más allá del mero intercambio económico, sino el “acopiador”, agente de alguna de las casas comerciales arequipeñas, lo cual le permite disponer del efectivo metálico necesario para la transacción. Nos imaginamos la competencia entre acopiadoras in situ, aunque los precios de la fibra en la feria debieron ser, obviamente, bastante menores al precio de compra de la casa de acopio arequipeña. Hoy en día, la selección de la fibra en calidades diversas otorga precios bastante diferenciados entre la de mejor calidad y las demás seleccionadas. Desgraciadamente desconocemos si la fibra ofertada en Vilque era sometida previamente a algún proceso de selección por calidad, color, etc. Desconocemos también si en la transacción influían relaciones precapitalistas como el “compadrazgo” entre vendedor y comprador.

Según Jacobsen, el margen de autonomía de los vendedores indígenas fue disminuyendo progresivamente en forma paralela a la expansión de las haciendas en tierras de pastoreo y a la violencia instalada con ella entre 1890 y 1920. Pero esa es una historia posterior; nuestro recuento debe concluir con la decadencia progresiva de la Feria de Vilque, originada principalmente por la llegada de la vía férrea a Puno.

El 1 de enero de 1874 hizo su “ingreso triunfal” a la ciudad de Puno el ferrocarril que une Arequipa con esa ciudad, cuya construcción se había iniciado en 1870. El contrato de construcción fue adjudicado a Enrique Meiggs y la construcción se realizó, a pesar de escollos topográficos, en un tiempo relativamente corto, hasta instalarse la estación ferroviaria de Juliaca en 1873, de donde se reparte un ramal hacia el Cusco.

Ese fue el inicio del fin de la gran feria de Vilque y el surgimiento de la ciudad de Juliaca como el nuevo foco comercial del altiplano y el sur andino. Un escritor arequipeño sugirió al gobierno peruano, ante la llegada del ferrocarril, trasladar la feria de Vilque a Arequipa para atraer el comercio internacional.³⁹ Digamos que la feria fue languideciendo hasta fines del siglo XIX, manteniéndose en el traslado de lana los circuitos tradicionales:

El ferrocarril no reemplazó de la noche a la mañana al transporte con llamas y mulas. Las recuas eran necesarias para llevar la lana y otros productos de las haciendas y los centros urbanos de acopio no conectados a la línea del tren, hasta los almacenes. [...] El transporte animal tampoco desapareció inmediatamente de los antiguos senderos de mula que cruzaban la Cordillera Occidental. Todavía en la década de 1920, casi el 20% a 25% de la lana exportada del Altiplano era transportada hasta Arequipa en recuas de llamas o mulas.⁴⁰

Aunque a llegada del ferrocarril a Juliaca casi coincide con el incremento de expansión de las haciendas, la importante feria de Vilque pudo subsistir hasta finales de esa década para luego perder su importancia articuladora justamente cuando la población indígena debe enfrentar la agresiva actividad de propietarios que codician los pastos de las parcialidades para constituir algunas de las grandes haciendas que caracterizarían el altiplano puneño a lo largo el siglo XX.

³⁹ José Fernández Nodal, *Los peruanos ante sus autoridades y el Sacrosanto Concilio Ecuménico de Roma* (Arequipa: Estudio del autor, 1870).

⁴⁰ Jacobsen, *Ilusiones*, 299-230.

ANEXO 1

Adolphe de BOTMILIAU (1848)

“La provincia de Tucumán envía todos los años muchos millares de esos animales semi-salvajes los cuales son muy solicitados por los peruanos para los viajes y el transporte de mercaderías a través de las cordilleras. A un kilómetro del pueblo se reúne a esas mulas en tropas de quinientos o seiscientos o a veces más, al cuidado de tres o cuatro gauchos, quienes con sus caras morenas, grandes ponchos que los envuelve por entero, su chiripá que les cubre las piernas a guisa de pantalón y el cuchillo siempre pendiente de su cinturón, tienen más bien el aire de bandidos que de honrados comerciantes venidos para vender sus mulas. Se mantienen inmóviles sobre sus sillas, con las riendas en la mano y el lazo en la otra, en espera de la llegada de los compradores. Los aficionados afluyen en gran número. Escogen con los ojos, pero sin poder acercarse mucho, la bestia que les conviene, la designan al capataz o jefe de los gauchos, y tratan con él del precio en algunas palabras. En general el precio es de 30 a 60 pesos y el negocio se concluye rápidamente.

Solo falta coger a la bestia en medio de esa multitud de animales con largas orejas, jóvenes, obstinados y de los cuales ninguno ha sentido todavía el freno. A una señal del capataz, uno de los gauchos toma su lazo, lo hace silbar por encima de la cabeza corriendo a gran trote alrededor de la tropa, medio espantada. Las mulas se ponen también a correr en círculo y se aprietan más y más unas contra otras. La que el comprador ha escogido desaparece muy pronto. Pero el gaucho no la ha perdido de vista, Su lazo recogido se balancea sobre su cabeza. Muy pronto, cuando el momento favorable se presenta, lo despliega como una enorme serpiente y a doce o quince pasos del jinete, va a coger el animal designado. En vano la mula espantada se resiste al apretón, el lazo atado a la misma montura del gaucho no suelta al pobre animal. Por el contrario, mientras más esfuerzos hace por desasirse, con más fuerza la aprieta el nudo corredizo. La mula cae algunas veces y se revuelca sobre el polvo con rabia y dolor. ¡Vanos esfuerzo! La respiración le falta, las fuerzas la abandonan, está vencida. El gaucho, tranquilo como un hombre que no ha hecho otra cosa en su vida, descabalga, se acerca lentamente al animal dominado sin quitar el lazo que lo tiene cautivo y le echa rápidamente su poncho sobre los ojos. Todo ha concluido, es el dueño y puede hacer lo que quiere. Entonces empieza otra escena más animada aún.

Se trata de montar la mula, de hacerla galopar con su jinete para conocer su paso, pues en estas ferias el comprador no puede probarla sino después de haber cerrado el trato. Da 4 reales (2 fr.50) al gaucho, el cual por esta módica retribución, no teme exponerse a quebrarse el espinazo. Mientras que la mula está todavía en tierra, se le pone un freno muy fuerte en la boca. Una especie de albarda apenas cubierta con un viejo cuero hecho jirones, con dos cuerdas pasadas por un pedazo de madera a guisa de estribos, se echa sobre el lomo del animal y es fuertemente cinchado. En el momento en que, libre del lazo, la mula se levanta todavía medio aturdida y espantada, el gaucho se lanza sobre su lomo, la aprieta entre sus dos piernas armadas de inmensas espuelas de fierro con rosetas anchas como la palma de la mano. De ordinario, la mula se detiene un instante, como admirada del peso nuevo que siente sobre ella y del freno que le oprime la boca por primera vez. De repente, replegándose sobre sí misma, se lanza en saltos cortos y nerviosos, inclinándose a la derecha, a la izquierda, encabritándose, arrastrándose, enderezándose. Pero el gaucho no la deja. Esta tan tranquilo, tan impertérrito sobre su silla en medio de estos saltos espantosos, como un petimetre que galopa en el Bois de Boulogne llevado dulcemente por el animal de una caballeriza. Cuando la desgraciada bestia fatigada y agotada, empieza a calmarse gracias a los esfuerzos victoriosos del jinete, éste le hunde las espuelas en los flancos, la empuja, la excita a su vez, la lanza arrojando espuma en medio de la llanura, en donde, después de haber corrido un tiempo, regresa a galope al punto de partida. Entonces se detiene por fin, arroja de nuevo su poncho sobre los ojos del animal extenuado, le pasa una cuerda alrededor del cuello y lo conduce donde el comprador, quien le paga los cuatro reales prometidos. El gaucho examina sin decir nada la moneda de plata, como para asegurarse que es de buena ley, la guarda en el cinturón de cuero que lleva siempre sobre sí y sube impassible sobre su montura, en donde espera que un nuevo comprador le ofrezca pronto la ocasión de ganar otra pieza de cuatro reales por una hazaña semejante”.

ANEXO 2

José Manuel VALDEZ Y PALACIOS (1843)

Tal vez no exista en el mundo un lugar donde la abundancia de dinero y la falta de grandes y combinados objetivo de una industria creadora haya hecho que el juego se convirtiera en una profesión y en un espectáculo público, como en la celebrada feria de Vilque. En las planicies del departamento de Puno, a 7 leguas del Lago Titicaca, hay un lugar que lleva ese nombre y que cuenta con una población de 300 a 400 almas. La tradición transmitió la creencia de que en este lugar apareciera milagrosamente una imagen de N. Señor Jesucristo, verdaderamente admirable por su hermosura y milagros. Para solemnizar este acontecimiento reuníanse por la Pascua del Espíritu Santo algunos peregrinos, llegados de los más remotos lugares del virreinato; con el tiempo fue aumentando la concurrencia, y en proporción se fueron también desviando los devotos de su primer objetivo hasta convertir el lugar sagrado en una plaza de comercio, que se abría una vez por año, durante ocho días. Aumentó después tanto esta concurrencia que el pequeño pueblo llegó de pronto a contar con una población de 100,000 (sic) almas, y la plaza donde antes solamente se vendían toscos tejidos indígenas, manteca de vaca, quesos, y carne salada, cubríase en un instante de todas las producciones de la tierra, y convertíase en una ciudad temporal, para así decir, donde se reunión comerciantes de Lima, Cuzco, Arequipa, La Paz, Tacna, Chuquisaca, Buenos Aires, y todas las demás ciudades principales de Colombia, de las provincias del Rio de la Plata y del bajo y alto Perú. Pero como el tiempo muda todas las cosas, y como el mundo físico y moral no es más que una serie de revoluciones, ya no eran los devotos peregrinos que llegaban para adorar al Señor de Vilque, ni eran los comerciantes que allí iban para vender los productos de su país y aumentar los medios de felicidad, y si los jugadores que afluían cargados de oro y plata para aventurar sus fortunas y las de sus familias. El lugar santo pasó a plaza de comercio y de plaza de comercio a casa de juego; a ella concurrían los curas de todas las parroquias del virreinato; se veían allí a generales, intendentes, gobernadores, sub-delegados, chantres, vicarios, deanes, contadores, tesoreros, etc., Había mas de cien casas, donde toda esa gente jugaba día y noche, por espacio de una semana; era tanta la abundancia del dinero, que en esa ocasión, los pagos y las cobranza se hacían en las copas de los sombreros para no perder el tiempo en contarlo. Existen aún infinitos testigos de este cuadro de corrupción y de grandeza, y no hacen veinte años que el pueblo de Vilque volvió a su estado primitivo”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bonilla, Heraclio. *Gran Bretaña y el Perú, 1826-1919. Informes de los cónsules británicos*. 5 tomos. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1977.
- _____. “Islay y la economía del sur peruano en el siglo XIX”. *Apuntes. Revista de Ciencias Sociales* 2 (1974): 31-47.
- Botmiliau, Adolphe de. “La republica peruana”. En *Dos viajeros franceses en el Perú republicano*, por E. de Sartigues y A. de Botmiliau, traducido por Emilia Romero, 1-128. Lima: Cultura Antártica, 1947 [1848].
- Concolorcorvo, Alonso Carrió de la Vandera. *El Lazarillo de Ciegos Caminantes, desde Buenos-Ayres, hasta Lima*. Buenos Aires: Ediciones Argentinas Solar, 1942 [1773]. http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-lazarillo-de-ciegos-caminantes-desde-buenos-aires-hasta-lima-con-sus-itinerarios-segun-la-mas-puntual-observacion-con-algunas-noticias-utiles-a-los-nuevos-comerciantes-que-tratan-en-mulas-y-otras-historicas--0/html/ff57d022-82b1-11df-acc7-002185ce6064_3.html.
- Fernández Nodal, José. *Los peruanos ante sus autoridades y el Sacrosanto Concilio Ecuménico de Roma*. Arequipa: Estudio del autor, 1870.
- Flores Galindo, Alberto. *Arequipa y el sur andino: ensayo de historia regional (siglos XVIII-XX)*. Lima, Editorial Horizonte, 1977.
- Flores Galindo, Alberto, Orlando Plaza y Teresa Oré. “Oligarquía y capital comercial en el sur peruano (1870-1930)”. *Debates en Sociología* 3 (1978): 53-75.
- Gascón, Jorge. “Sublevaciones colonas y reproducción del sistema de haciendas en el Sur Andino Peruano”. *Revista Española de Antropología Americana* 30 (2000): 265-289.
- Glave Testino, Luis Miguel. *La república instalada. Formación nacional y prensa en el Cuzco, 1825-1839*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2004.
- Jacobsen, Nils. *Ilusiones de la transición. El altiplano peruano, 1780-1930*. Lima Banco Central de Reserva del Perú / Instituto de Estudios Peruanos, 2013.
- Jacobsen, Nils y Nicanor Domínguez. *Juan Bustamante y los límites del liberalismo en el Altiplano: La rebelión de Huancané (1866-1868)*. Lima: SER, 2011.
- Langer, Erick D. “Indian Trade and Ethnic Economies in the Andes, 1780-1880”. *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* 15, n° 1 (2004): 9-33.
- Marcoy, Paul. *Viaje a través de América del Sur. Del Océano Pacífico al Océano Atlántico*. ¿Volumen 1? Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos / Pontificia

Universidad Católica del Perú / Banco Central de Reserva del Perú / Centro Amazónico de Antropología y aplicación práctica, 2001.

Paz Soldán, Mateo. *Geografía del Perú*. París: Fermin Didot, 1862.

Prado R, Gustavo A. “Efectos Económicos de la Adulteración Monetaria en Bolivia, 1830-1870”. *Revista de Humanidades y Ciencias Sociales* 1 (1995): 35-76.

Raimondi, Antonio. *El Perú. Itinerario de viajes*. Libro II. Lima: Imprenta Torres Aguirre, 1929. <http://www.cervantesvirtual.com/obra/el-peru-itinerarios-de-viajes-version-literal-de-libretas-originales--0/>

Rengifo, Grimaldo. “Exportación de lanas y movimientos campesinos en Puno, 1895 – 1925”. Tesis de licenciatura, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1990.

Sartigues, E. de. “Viaje a las repúblicas de América del Sur (1834)”. En *Dos viajeros franceses en el Perú republicano*, por E. de Sartigues y A. de Botmiliau, traducido por Emilia Romero. Lima: Cultura Antártica, 1947 [1848].

Urrutia, Jaime. *Informes de los cónsules franceses en Lima, 1842-1877*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos / Instituto de Estudios Peruanos, 2015.

Valdez y Palacios, José Manuel. *Bosquejo sobre el estado político, moral y literario del Perú en sus tres grandes épocas*. Lima: Biblioteca Nacional, 1971 [1843].

Vásquez, Emilio. *La rebelión de Juan Bustamante*. Lima: Librería Editorial Juan Mejía Baca, 1976.